

Universidad y campo académico de la comunicación. Sobre el orden comunicacional o la imposibilidad de rehusarse a servir

University and academic field of communication. About the communication order or the impossibility of refusing to serve

María Gabriela Gasquez

Universidad Nacional de San Luis (Argentina)

ggasquez@unsl.edu.ar

Resumen

En el presente trabajo partimos de considerar que la universidad no está al margen de la ideología comunicacional de nuestra época y esta última también forma parte de las condiciones político institucionales de nuestro trabajo; condiciones que no son un complemento externo de la enseñanza y la investigación, sino que atraviesan y afectan a los objetos mismos, a las normas, a las carreras, y claro está, a los sujetos.

A partir de esta consideración buscamos pensar en primer lugar, cuál es la incidencia del orden comunicacional en la universidad; en segundo lugar, de qué manera dicho orden atraviesa procesos de formación e investigación, perfiles profesionales y mercados laborales y en tercer lugar, cuáles son los posicionamientos y posibilidades que

Abstract

In this paper, we start by consider that the university is not at the margin of the communicational ideology of our time and the latter also forms part of the institutional political conditions of our work; conditions that are not an external complement of teaching and research, but which affect the objects themselves, the rules, the careers, and of course, the subjects.

From this consideration we seek to think in the first place, what is the incidence of the communication order in the university; secondly, in what way this order crosses processes of formation and research, professional profiles and labor markets and thirdly, what are the positions and possibilities that the prevailing communication conceptions (as part of the dominant configuration) admit.

María Gabriela Gasquez

Vol. 1, N.º 55 (julio-septiembre 2017)

las concepciones comunicacionales imperantes (como parte de la configuración dominante) admiten.

En síntesis, nos proponemos abordar los espacios que transitamos a fin de reconocer el posicionamiento en el que ineludiblemente estamos ubicados y que alcanza incluso a los discursos que intentan ejercer una función crítica.

In summary, we propose to question our laboral space in order to recognize the positioning in which we are inevitably located and that reaches even to the discourses that try to exert a critical function.

Palabras clave: Universidad; campo académico de la comunicación; orden comunicacional.

Keywords: University; academic field of communication; communication order.

Artículo recibido: 11/07/2017; **evaluado:** entre 20/07/2017 y 20/08/2017; **aceptado:** 11/09/2017.

En torno a la configuración del orden comunicacional en las universidades públicas

Tratemos de descubrir, si es posible, cuán profundamente está arraigada esta obcecada voluntad de servir.
ÉTIENNE DE LA BOÉTIE (2010)

Consideramos que la configuración del orden comunicacional presenta algunos puntos comunes en el marco de las universidades públicas argentinas. Sin embargo, en cada proceso histórico y en cada opción política institucional adquiere matices particulares. Vamos a intentar una presentación de esta configuración, a partir de algunos aspectos recurrentes (1):

En primer lugar, la consagración de una visión comunicacional que puede sintetizarse en la propuesta que realiza Héctor Schmucler y que define como la visión etnocéntrica del occidente tecno-racionalista. Una suerte de optimismo y celebración que enlaza comunicación y tecnología y que fija un modelo de sociedad y de ser humano. Sin rodeos: “las tecnologías cumplen también un papel performativo; es decir que al usarlas se realiza la concepción con

que fueron creadas” (Schmucler, 1997: 215), por ello no podemos negar la dimensión ideológica. Es decir, la manera de pensar el mundo que contienen.

Esta visión encuentra lugar en procesos y modelos de formación, en concepciones comunicacionales que delimitan prácticas y saberes y que son posibles en una estructura cuyos lineamientos institucionales permiten su vigencia. Pero también, en el marco de organismos internacionales en cuyos espacios tuvieron lugar debates y definiciones en torno a la comunicación. A modo ilustrativo, mencionamos el debate por un Nuevo Orden de la Información y la Comunicación (NOMIC) en tanto condensa los alcances que adquieren la información y la tecnología y las maneras en que se establecen como condición de posibilidad para la comunicación.

En segundo lugar, la incidencia de organismos e instituciones, especialmente norteamericanos y europeos, que tuvieron un rol clave en la región. Esto se realizó especialmente, a través de sistemas de becas y la imposición de modelos profesionales (2) que resultaron modelizantes, ya que impusieron orientaciones académicas a las universidades. A nivel internacional, la CIESPAL jugó un rol central en este sentido.

En tercer lugar, “las influencias que el sistema de medios y sus políticas culturales de captación del discurso crítico ejercen sobre los necesarios contrapesos institucionales que la democracia tendría para neutralizar las intenciones manipulatorias” (Mangone, 2007a: 3). Este aspecto queda retratado por el autor a partir del lugar que ocupan las políticas estatales denominadas patrimonialistas y clientelares y la vinculación con empresas que ocupan un lugar dominante, tal como sería el caso del grupo Clarín. Con respecto a esta influencia destacamos la operación de captación que recae sobre espacios institucionales que precisan ejercer, como la universidad, la función crítica sin prevaricaciones.

En cuarto lugar, la delimitación de políticas de comunicación y cultura orientadas, de manera directa, al sistema educativo. Nos referimos a programas tales como “Conectar Igualdad”, cuyo ámbito de aplicación es la escuela media, y “Polos Audiovisuales Tecnológicos” (3) que prevé su ejecución en el ámbito de las universidades públicas argentinas.

Este aspecto subraya la consagración de la visión comunicacional de la época, ya que otorga a las nuevas tecnologías una función pedagógica instrumental sostenida en la idea de la inclusión digital y avanza sobre los procesos de digitalización de los medios tradicionales. A su vez, en el caso del “Programa Polos Audiovisuales Tecnológicos”, postula a la universidad como espacio potencial para nuclear la producción, pero también la define como gestor de los contenidos elaborados; posición que limita, cuando no neutraliza, los discursos críticos respecto a las formas e “intenciones manipulatorias” que caracterizan tanto al sistema de medios como al conjunto de las políticas estatales y cuyo efecto promueve la anulación de la

sospecha sobre aquello que se busca legitimar. En este caso particular, neutralizando la discusión en torno al carácter ideológico que atraviesa a las tecnologías y a la producción cultural.

En quinto lugar, la tensión entre formación universitaria y ejercicio profesional, en el marco de carreras cuya institucionalización académica es posterior a las prácticas comunicacionales configuradas por la dinámica social que demarcan los campos laborales.

En sexto lugar, la centralidad otorgada a la comunicación y que puede apreciarse a partir del crecimiento exponencial de las carreras y el simultáneo pasaje de la titulación de periodismo a comunicación, que dio lugar a procesos que requirieron volver a pensar la formación y el pasaje y adecuación de los currículos de los institutos a las universidades. En el caso específico de nuestro país, Argentina contaba en 1940 con dos escuelas de periodismo y en 1980 con veinte; este cambio que se produjo en un período de cuatro décadas, situó el problema de la formación en vinculación con los contextos epocales y los intereses sociales. Esto implica reconocer, por un lado, la diversidad institucional que da lugar a la creación de las carreras (universidades públicas y privadas o institutos públicos y privados); y por otro lado, la adecuación de los institutos no universitarios a los requisitos establecidos por las universidades.

En cuanto al primer aspecto, la diversidad institucional, la existencia de las escuelas de periodismo en la Argentina visibiliza esta particularidad con la creación de la Escuela de Periodismo incorporada a la Universidad Nacional de La Plata, mientras que “simultáneamente, en el mismo Buenos Aires, otro grupo de dirigentes católicos se empeñaba en organizar una escuela semejante en el Instituto Grafotécnico” (Nixon, 1982: 14). Esta tendencia se dio no sólo en nuestro país, sino que fue iterativa en casi toda América Latina.

En cuanto al segundo aspecto, el declive o adecuación de los institutos no universitarios a los requisitos impuestos por las universidades, se evidenció en el establecimiento de los criterios diversos de acreditación de titulaciones (créditos horarios, duración, requisitos de admisión a la carrera académica, investigación y el requerimiento de presentación de trabajos finales o tesis), lo que generó tensiones entre las instituciones y los procesos de formación. La situación descrita dio lugar a la modificación de las carreras que paulatinamente se fueron incorporando a las universidades (4) en detrimento de los institutos y de las escuelas de periodismo. Para 1970, en la Argentina, doce de las dieciséis escuelas eran privadas, número que se redujo a siete en 1980 (Ídem).

Este proceso que conjuga titulación, educación y acreditación no siempre se dio de la misma forma, es decir, de acuerdo a los criterios de evaluación y acreditación que la universidad fija respecto a los institutos. El caso de la Universidad Nacional de San Luis (5) resulta gráfico en

este sentido, puesto que la incorporación de la carrera de Locutor Nacional en 1992 implicó la adopción, por parte de la Universidad, de los requerimientos que fijaba el ISER para concretar la habilitación técnico-profesional.

En séptimo lugar, la cristalización de tendencias, desplazamientos y regulaciones, tanto en lo que refiere a las transformaciones económicas, tecnológicas y políticas, como en lo que remite a las reglas que fija el Estado en materia de educación y comunicación. Esta cristalización puede advertirse a partir de la disposición a la modificación de los planes curriculares. La década del noventa aparece no sólo como el período de mayor proliferación de carreras de comunicación y afines, sino como la ratificación de un rasgo distintivo de las carreras de comunicación y que puede definirse a partir del carácter cambiante y transitorio de los planes de formación. Diversos pedidos de aprobación de modificaciones de planes que, en algunos casos, no alcanzan a superar la década entre el momento de puesta en vigencia de las carreras y el cambio en sus currículos.

A partir de esta característica, que consideramos recurrente en los procesos de formación en comunicación en la Argentina, es posible dar cuenta de las constantes alteraciones que sufren las carreras como parte de la dinámica que se establece entre la formación, el contexto político social, los avances tecnológicos, las demandas del mercado y el rol del estado.

En este punto, interesa subrayar las transformaciones en las reglas que fija el Estado y que inciden en los procesos de construcción del campo en cuestión. En esta línea Carlos Mangone escribe:

las nuevas reglas fijadas por el Estado -más activo que nunca como aparato represor y depredador, primero; como lobbista de las empresas nacionales y globalizadas, más tarde- cuyas manifestaciones se revelan en el lugar del mercado, en la hiperconcentración mediática, en la hegemonía televisiva, en la crisis de la educación pública y, finalmente aunque de manera central, en la flexibilización salarial y laboral en el campo periodístico y académico (2016: 3).

A la incidencia del estado y del mercado sobre el campo académico y laboral y a la que los proyectos de comunicación, en el ámbito universitario, se abandonan; se suma el problema del sentido de nuestras carreras, pues “[...] muchas veces nos queda la sensación de que falta mucha claridad sobre el camino a seguir en las escuelas. Pareciera existir una larga crisis existencial, de no saber qué son y a donde van (Contretas Budge y Gonzaga Motta, 1982: 33). Todo ello hace que el estado del campo de la comunicación se defina en términos de cambio

permanente, ya que busca alcanzar la correspondencia con el estado dado de las cosas; en definitiva, su forma responde al ejercicio de la adaptabilidad sistemática.

En octavo lugar, el carácter múltiple que se le atribuye a la comunicación y a partir del cual se realizan asociaciones que se manifiestan en las diferentes inscripciones institucionales. Inscripciones que van desde el periodismo a la fonoaudiología, pasando por el derecho y la educación. Esta diversidad impuesta no responde necesariamente a sus posibilidades dialógicas o al carácter interdisciplinario que algunos autores le atribuyen, sino a los marcos institucionales particulares y previamente establecidos en los que se inscribe a la comunicación.

Los sesgos y tendencias que la comunicación adquiere, tanto en el orden de la formación, como de la investigación surgen de la puesta en discusión o de la aceptación de la demarcación estructural-institucional que se materializa en cada unidad académica. Podríamos decir que, desde esos marcos, la comunicación es nombrada como parte de una patología, como práctica comunitaria, como instrumento para la transformación de la realidad social, como participación, como gesto asistencialista, como práctica pedagógica, como aparato teórico que permite la puesta en evidencia de los diferentes mecanismos de dominación y manipulación, como un dispositivo técnico-operativo, etcétera.

A su vez, nos hemos habituado a pensar que la comunicación puede cumplir y cumple diversas funciones en cada uno de los niveles institucionales y según la actividad desarrollada (entre las que la universidad prevé a la investigación, la formación, la gestión y la extensión). Entre otras, críticas y técnicas en el orden de la formación; comunitarias e instrumentales en el orden de la extensión; analíticas, interpretativas, delimitadoras o funcionales en el orden de la investigación y, paralelamente, puede trazar y transitar -en el orden de la gestión- una concepción cultural o productiva. Así, la comunicación puede ser asumida como un espacio de pensamiento desde el cual ejercer una función crítica pero también, al pertenecer al entramado institucional, como una forma de reproducir los lineamientos del orden comunicacional instaurado.

Se trata de una concepción sostenida en una forma (esquemática), en una estructura (jerárquica y centralizada), en una modalidad particular de funcionamiento que no se diferencia, necesariamente, de los procedimientos que siguen las industrias culturales (agenda académica, producción de conocimiento, grilla de evaluación, modelos modelizantes de formación, estándares de investigación y formación, producción de modelos serializados de profesiones, etcétera) y en un uso de los medios tradicionales y de las nuevas tecnologías que no siempre se pone en cuestión.

En noveno lugar, las herencias que provienen del campo académico de la comunicación y que pueden o no entrar en tensión con la inscripción institucional que se establece para la

comunicación. Este punto remite a la recurrencia establecida en torno a recorridos canónicos, autores consagrados, modas teóricas y desplazamientos que hay que seguir y que van del estudio de los medios a las mediaciones para volver nuevamente a los medios; desde el difusionismo al giro crítico; desde el estudio del mensaje a los estudios culturales; desde las audiencias pasivas a los públicos activos; desde la manipulación a la resistencia; desde la investigación a la acción política; desde la ciudadanía al consumo y el mercado; desde la denuncia a las lógicas de los procesos de producción a la producción de procesos de comunicación; desde la ingeniería a la filosofía, pasando por la psicología conductista, el psicoanálisis, la sociología funcionalista y la crítica, la economía y la semiótica, etcétera, y todo ello para aceptar, finalmente, que se trata de una “heterogeneidad teórica desbordada” en términos de Torrico Villanueva (2016), o de “las indisciplinas de la comunicación” como dicen Rodrigo Browne Sartori y Víctor Silva Echeto (2005), o de “ser o no ser una disciplina” como afirma Miguel de Moragas Spá (2011). Adaptados a esta tendencia asumimos la agenda académica y ratificamos cualquiera de los términos señalados como forma de adscribir a los desplazamientos y movimientos producidos en el campo.

Mangone avanza en esta reflexión y postula que:

la tesis que recorre como fantasma esta primera zona es que las rupturas y desplazamientos (de marcos teóricos, objetos, métodos de indagación, etc.) que se advierten en el largo movimiento que va de la emergencia del campo hasta su presente de burocratización son correlativos con otros tantos movimientos que se reconocen en las transformaciones económicas, sociales, culturales y políticas que se han producido en ese mismo período. [...] En otras palabras, pensamos que el campo -no sin contradicciones, con biografías intelectuales peculiares y propuestas de conocimiento diferenciadas- acompañó la tendencia dominante y, en no pocos casos, operó desde una racionalidad cada vez más instrumental o, más sencillamente, desde un discurso legitimador del estado de cosas (2016: 2-3).

De esta manera, la persistencia del sesgo instrumental y la presencia de esquemas y concepciones de pensamiento que responden a las transformaciones y regulaciones, ponen en evidencia la vocación de adaptación que caracteriza a la comunicación y que da lugar al sostenimiento del orden comunicacional instaurado.

Un orden comunicacional que, en el ámbito universitario, tensiona poder y autonomía. Sin embargo, desde el lado del campo académico de la comunicación prevalece el consentimiento y la complacencia; esto es, la voluntad de servir.

Acerca de la vocación a la adaptación o la complacencia como herencia

La vocación a la adaptación y el gesto de servidumbre son los que nos llevan a insistir en la necesidad de pensar la relación entre la universidad y el campo académico de la comunicación, pues buscamos dar cuenta de las herencias para poder comprender el entramado del cual formamos parte y asumir la responsabilidad por la opción realizada.

Entendemos que las herencias tienen, en principio, una doble función: reproductiva y naturalizadora. En cuanto a la función de reproducción, se trata del sostenimiento de las concepciones comunicacionales que habilitan los marcos teóricos y analíticos legitimados. En cuanto a la función definida en términos de naturalización, se alude a una tendencia que modela las opciones, a la solidificación de un orden que anula el carácter histórico y con ello visiones comunicacionales cuyo efecto sea la puesta en crisis del sentido común y la ideología de la época.

El servilismo comunicacional, como gesto vivo en diferentes trayectos y períodos históricos, no se da siempre de la misma manera, ni con la misma intensidad. Recuperamos algunos de estos gestos para intentar eludir el riesgo del conformismo y la reproducción presentes en la herencia de saberes y prácticas; herencia que ha contribuido, por su conformismo, a sustentar el orden comunicacional dominante y que, tal como dijimos al iniciar el presente escrito, forma parte de las condiciones político institucionales de nuestro trabajo.

Primer gesto: ¿debilidad?

El debate internacional por un Nuevo Orden de la Información y la Comunicación ha sido presentado y analizado por estudiosos de la comunicación. Entre ellos, Héctor Schmucler analiza los motivos de su fracaso a partir de los supuestos contenidos en la discusión que tuvo lugar en la Unesco y anota los siguientes:

1. concebir la información como un producto más, entre otros bienes económicos, pasibles de negociación, “en cuyos respectivos mercados mundiales puede efectivamente adoptarse medidas para estimular en uno u otro sentido su consumo”;
2. otorgar a la información el carácter abstracto que caracteriza la mercancía como condición necesaria para establecer comparaciones cuantitativas en la valoración de los flujos;

3. aceptar, de manera trivial, la ecuación 'información igual poder', desvirtuando el sentido instrumental e históricamente situado que Francis Bacon le otorgó a su expresión en el siglo XVII, cuando llamaba al desarrollo científico como forma de ampliar el dominio inglés (Schmucler, 1997: 263).

La preeminencia de estos principios en un debate mundial por un nuevo orden más equilibrado establecía un lugar jerárquico para la información, categoría modeladora a partir de la cual se concebía el intercambio entre los sujetos que forman parte de una relación de poder. Así, la información, devenida en medida de cambio, se erige en el garante triunfal de una forma comunicacional que consagraba lo establecido; por ello, "suena a hueco la denuncia al sistema informativo dominante que todo lo reduce a mercancía, cuando se reclama un lugar más amplio en el 'mercado', es decir, cuando se somete a sus leyes" (Schmucler, 1997:264).

En este gesto inaugural, la contradicción establece los términos de la ecuación: dominio-adequación y hace presente los problemas del poder en torno a la información; comprendemos así que cuando la comunicación es asimilada a información y esta última definida por su carácter mercantil-instrumental, lo que queda es la ratificación de aquello que se busca combatir (el desequilibrio, la desigualdad).

La dificultad para advertir el gesto del consentimiento radica en los términos en que fue presentada la demanda, escribe Schmucler, "La connotación justiciera del reclamo por un flujo de información más equilibrado suscita, sin dudas, un sentimiento de simpatía y apoyo" (1997: 263).

Es Étienne de la Boétie quien, al explicar la relación entre debilidad y fuerza, nos aporta elementos para comprender el gesto producido.

Estamos hechos de tal modo que los deberes comunes de la amistad absorben buena parte de nuestra vida. Amar la virtud, estimar las acciones bellas, tener gratitud por los beneficios recibidos, y a veces disminuir nuestro propio bienestar para incrementar el honor y la ventaja de los que amamos y merecen ser amados [...], pero parece muy natural y muy razonable tener la bondad de dejar de temer males de quien nos ha procurado tantos beneficios (2010: 23).

Dejar de temer males implica obturar la sospecha. Así, se niega el fraude que habita en el marco de una reivindicación justiciera orientada a la construcción de un nuevo orden más equilibrado. Ello significa que es preciso comprender que el carácter instrumental que se le imprimió a la comunicación no fue sólo dominio de las tradiciones positivistas y funcionalistas;

fue también una visión sostenida desde posiciones antagónicas que imprimían signos opuestos.

Entonces, ¿obediencia?, ¿debilidad? o ¿servidumbre solapada?

Segundo gesto: resignación

Entre las transformaciones que sufrió la universidad pública argentina y que presenta características que van de la intervención política a la politización y a los efectos del poder estatal y mercantil sobre el mundo académico (Beigel, 2010), ubicamos a las transformaciones que dieron lugar al surgimiento de propuestas que enfrentaban visiones de mundo, una de cuyas tendencias supuso el surgimiento de posicionamientos y perspectivas críticas, la necesidad de revisar los modelos difusionistas aplicados en la región y la tarea de asumir a la comunicación como parte, dice Schmucler, del estallido liberador. Proceso que se vio lesionado por la intervención política que sufrieron las universidades y que, en el campo de la comunicación, se tradujo como crisis histórica/crisis del campo.

Dicha crisis marcó desplazamientos y tensiones que evidenciaron continuidades y discontinuidades en los posicionamientos asumidos. La editorial de la revista *Comunicación y Cultura* traza, en su primer número publicado en 1973, la tarea por venir y señala que:

[...] no se trata de asumir cualquier experiencia, sino las que favorezcan a los procesos de liberación total de nuestras sociedades dependientes [...]. A partir de esta lucha no exenta de contradicciones, deben emerger los gérmenes de una nueva teoría y una nueva práctica de la comunicación (Mattelart y Schmucler, 1973: 3).

Aparece aquí una idea de comunicación entrelazada a la política y a la acción como parte constitutiva del proceso político latinoamericano.

Años más tarde, en la misma revista y bajo el título "Construir la democracia", Mattelart y Schmucler recuperan la concepción de poder que habían postulado años antes, aunque reconocen que la dominación imperialista ha cambiado: lo que no significa que sea menos poderosa.

El poder derrotado en muchos frentes, especialmente el militar, se reproduce reforzado y sigilosamente, en los esquemas de organización nacionales y locales coherentes con el desarrollo del capital transnacional [...] una comunicación democrática, una cultura popular,

como proyecto de otras relaciones sociales y otra vida cotidiana, debe desplegarse en el seno de organizaciones múltiples con auténtica participación (1982: 9)

Para estos autores, la respuesta debe buscarse nuevamente en las experiencias de comunicación popular, pero prestando especial atención a las nuevas tecnologías, reconociendo las nuevas estructuras en las que estas se inscriben y a fin de hacer visible “las contradicciones sociales y los distintos modelos de sociedad a que se desea arribar” (Mattelart y Schmucler, 1982: 9).

Esta propuesta, que será sostenida a lo largo de una década y luego revisada por los mismos autores, puede pensarse como una de las raras excepciones. Al detenerse en los debates y planteos surgidos en la década del 70, Schmucler insiste en la necesidad de reconocer las opciones a las que nos reenvía una encrucijada: optimismo resignado versus el reconocimiento de la ausencia de éxito. La forma que adquiere la encrucijada presentada puede extrapolarse para pensar otros momentos y procesos históricos, en tanto da cuenta de las estrategias sobre las que se asienta la negación de la conciencia; se construyen hipótesis tranquilizantes y sobreviene la civilización del optimismo resignado.

Como parte de esa lógica todo puede celebrarse, incluso, como en la década del 80, la “excesiva expectativa en la capacidad organizativa de las audiencias” descuidando “la capacidad cada vez más importante que tienen los medios de recuperar las lecturas desplazadas que se hacen de sus mensajes” (Mangone, 2007b: 78). En este caso se adopta, como estrategia, la ratificación de los términos, se sostiene la diada comunicación y cultura, pues se busca garantizar el reconocimiento de un campo de saber. Sin embargo, se invierten los términos y con ello se abandona el elemento disruptivo que conlleva el conflicto de fuerzas e intereses que estaría dado aquí por la discusión en torno al lugar y la potencialidad conferida a los medios.

Podemos pensar que en ese gesto de resignación perviven, simultáneamente, el abandono y la complacencia. O sea, se deja definitivamente de lado el signo de oposición y se busca complacer (6), agradar; hacer, pensar y decir para satisfacer. Un gesto que se constituye en la etapa inicial del proceso que dará lugar a la servidumbre sin preámbulos, una servidumbre voluntaria.

Tercer gesto: servidumbre voluntaria

La comunicación, como parte del efecto al que dio lugar la crisis histórica/crisis del campo, pareció haber sido barrida a partir de los cuestionamientos y replanteos que se realizaron a los enfoques estructuralistas y marxistas y que no dejaron fuera de la interpelación a algunas de las experiencias de comunicación alternativa (Bello, Buenaventura y Perez, 1988). Se produjeron desplazamientos que optaron por resituar a la comunicación alejada de sus capacidades emancipatorias. Más bien, escribe Schmucler, “buena parte de la investigación latinoamericana en comunicación, fatigada de entusiasmos libertarios, un día descubrió que había un camino despojado de ideologías atezadas” (1997: 155). El resultado fue la consagración del mercado y del consumidor bajo la complicidad de los pregoneros, aspecto que muestra el proceso de despolitización (7) que sufrieron los estudios de comunicación. Este proceso fue acompañado por condiciones políticas y mercantiles que lograron neutralizar el carácter ideológico de la comunicación y avanzaron, a través de procesos de connivencia y complicidad, eliminando la posibilidad de la instancia crítica. En este escenario se aprobaron modificaciones en regulaciones sobre medios que favorecieron la concentración; entró en vigencia la Ley de Educación Superior, sancionada en 1995, y se produjo un crecimiento exponencial de las carreras, así como de propuestas de modificación de planes que buscaban responder a los criterios de validación que imponía la nueva ley.

Un estudio que analiza el impacto de los procesos de acreditación en el currículum, Coria, Deluca y Martínez (2010) sostiene que el 89% de los planes de estudio de las carreras acreditadas en la Argentina tuvieron que ser modificados para cumplir con los criterios de calidad establecidos en los estándares (Januszevski, Mülle y Rivadeneira, 2011: 4).

En relación con este último punto, subrayamos el momento en que entra en vigencia la ley ya que coincide con la instancia de mayor crecimiento de las carreras de comunicación en la Argentina fijando modelos de formación.

A su vez, es el espacio académico el que “a partir de sus protocolos limita bastante el riesgo ensayístico, la dimensión polémica y el juicio de valor” (Mangone, 2007b: 86); espacio que influye en el funcionamiento del campo comunicacional y cultural en la región. Consideramos que no se trata sólo de los protocolos establecidos, sino también de la consagración de propuestas específicas de formación e investigación que resultan complacientes con las operaciones, los desplazamientos y los posicionamientos que se jerarquizan en el campo y que son, además, un reflejo de las regulaciones y tendencias externas al propio campo. De allí el gesto de la servidumbre voluntaria.

Cuarto gesto: rehusarse a resistir o rehusarse a servir

En 2008 Mangone problematiza la promiscuidad financiera, mediática y política y cuestiona el rol de “un conjunto de teóricos y practicantes de la comunicación de masas que ejercen la actividad académica y periodística” (2008: 7) a partir de cuyo panorama exhorta:

Si las facultades de comunicación y periodismo no articulan una política cultural y una intervención intelectual acorde con la situación de la comunicación de masas en nuestro país, corren el riesgo de que sus objetivos iniciales se reconvirtan en una formación de cultura general o se limiten a una futura inserción docente, produciéndose de este modo una nueva derrota, esta vez con un gran ejército, frente al poder mediático, financiero y político (Ibídem: 10).

La enunciación del autor marca los términos de las opciones, se asume una posición bajo la consigna de una intervención intelectual articulada a una política cultural como forma de rehusarse a servir o se evitan las formas del conflicto y la confrontación y se da lugar al nacimiento de otra derrota, la de rehusarse a resistir. Derrota que nos lleva a ratificar el orden dado de las cosas.

Es claro que, al llevar estos términos a la universidad y como parte de lo que se produce en una estructura institucional, las opciones que se habilitan para pensar y decir la comunicación tienen implicancias políticas no siempre asumidas. Sin embargo, se trata de un ámbito en el que es preciso que la función crítica se establezca y permanezca sin condiciones, ni restricciones.

En esta dinámica, la comunicación aparece como ese espacio contradictorio que intenta ejercer una función disruptiva y crítica, mientras es alcanzada por los mismos discursos y prácticas que intenta confrontar. Reiteramos la pregunta ¿Qué hacer con el orden comunicacional instaurado en el ámbito universitario? y ¿Cómo concebir a la comunicación y desde qué lugar o lugares hacerlo?

Realizar, al menos, cuatro movimientos. Primero, revisar las herencias e intentar una reconstrucción “crítica -en su sentido fuerte de poner en crisis- no sólo los marcos teóricos y modelos de investigación sino también el sentido -como dirección y significado- de investigar y/o hacer comunicación” (Mangone, 2016:1); todo ello para poder repensar los trayectos y propuestas en diálogo con la tensión poder-obediencia, pues se trata de no ceder a la acomodación.

Segundo, reconocer que no es en el marco de la estructura institucional tal como la conocemos, ni en una discusión disciplinar que anule la dimensión política e ideológica dónde las contradicciones serán superadas; antes precisamos discutir el sentido mismo de la universidad y de las carreras, pues este ha sido dado, para su definición, a una perspectiva que pregona la estratificación y acumulación de producciones académicas (8).

Tercero, abandonar la centralidad y la arrogancia que nuestro tiempo le confiere a la comunicación para resituarla bajo la condición de átopos. Esto es, como lo que no puede ser clasificado; aspecto que impide por su condición de átopos, la imposición de una forma, de un saber, de un pensar, de una identidad.

Cuarto, recordar que también es parte de una opción posible *rehusarse a servir*, en este caso, mediante la puesta en crisis de la concepción comunicacional que persiste aún hoy y que requiere volver a pensar un sentido de hombre, de humanidad y de libertad sin condiciones y esto, escribía Liliana Fenoy, no es otra cosa que la infinita fuerza de una promesa.

A modo de síntesis

“Tratemos de descubrir, si es posible, cuán profundamente está arraigada esta obcecada voluntad de servir”, decía Étienne de la Boétie (2010) al interrogar el tema del poder, de la dominación, de la libertad y de la obediencia. Obediencia que adquiere la forma de lo que denominó *servidumbre voluntaria* y que puede traducirse como un gesto de conformismo.

Una preocupación que extrapolamos para pensar la incidencia del orden comunicacional en la universidad, con el propósito de reconocer el posicionamiento en el que estamos ubicados.

El recorrido nos llevó, en una primera instancia, a recuperar algunos de los aspectos que consideramos comunes y recurrentes en las carreras de comunicación en universidades públicas. Destacamos los siguientes: la consagración de una visión instrumental de la comunicación; la incidencia de organismos e instituciones, especialmente norteamericanos y europeos, que tuvieron un rol clave en la región; “las influencias que el sistema de medios y sus políticas culturales de captación del discurso crítico ejercen sobre los necesarios contrapesos institucionales que la democracia tendría para neutralizar las intenciones manipulatorias” (Mangone, 2007a: 3); la delimitación de políticas de comunicación y cultura orientadas, de manera directa, al sistema educativo; la tensión entre formación universitaria y ejercicio profesional; la centralidad otorgada a la comunicación y que puede apreciarse a partir del crecimiento exponencial de las carreras y el simultáneo pasaje de la titulación de periodismo a comunicación; la cristalización de tendencias, desplazamientos y regulaciones, tanto en lo que refiere a las transformaciones económicas, tecnológicas y políticas, cuanto en

lo que remite a las reglas que fija el Estado en materia de educación y comunicación; el carácter múltiple que se le atribuye a la comunicación y a partir del cual se realizan asociaciones que se manifiestan en las diferentes inscripciones institucionales y las herencias que provienen del campo académico de la comunicación y que pueden o no entrar en tensión con la inscripción institucional que se establece para la comunicación.

En una segunda instancia, y teniendo en cuenta la persistencia del sesgo instrumental y la vocación a la adaptación que caracteriza a la comunicación y que da lugar al sostenimiento del orden comunicacional instaurado, nos abocamos a pensar algunos de los gestos asumidos en el marco de diferentes trayectos y procesos históricos. Lo que quedó claro en este recorrido es que las formas del conformismo no son homogéneas; en unos casos pueden parecer tenues o disimularse bajo el gesto de la debilidad, en otros aparecen atravesadas por la servidumbre voluntaria o abandonadas, sin más, al estado dado de las cosas.

Las herencias del campo académico de la comunicación y sus gestos nos revelan que, desde el inicio, insistimos en dejar de temer males; una posición que olvida la sospecha como forma de reflexión, pues sospechar es interrogar lo dado, lo que se concibe como natural, lo que prevalece. El riesgo consiste en que al abandonar la sospecha prescindimos de la función crítica, una función que la universidad precisa trabajar y profesar sin condiciones para que su sentido no se diluya.

Notas

(1) Algunos de los aspectos abordados, entre ellos: la incidencia de organismos e instituciones en los procesos de formación, la tensión entre formación universitaria y ejercicio profesional, el crecimiento exponencial de las carreras y el simultáneo pasaje de la titulación de periodismo a comunicación han sido analizados, en una primera instancia, en el trabajo titulado "Planes de estudio de formación en Comunicación: carácter transitorio y regulación" (Gasquez y Salinas, 2015).

(2) Al presentar los modelos considerados pioneros en la región, Fuentes Navarro señala que: "[...] han servido sucesivamente como base para la formación universitaria de profesionales de la comunicación, (que) articulan de maneras diversas en el currículum los saberes definidos como pertinentes en función de diversos perfiles y determinaciones socio profesionales, y que cada uno de ellos, a su vez, ha configurado de distintas maneras el núcleo operante de la comunicación como disciplina académica, sin que, no obstante, ninguno de ellos haya logrado la consistencia suficiente para legitimarse ni profesional ni académicamente" (1992: 19).

(3) El Programa Polos se constituye con el objetivo, entre otros, de contribuir a la federalización de producción de contenidos. Se conforman para ello nueve polos (sistemas productivos regionales) en todo el país, los mismos se integran por provincias según proximidad geográfica, potencialidades productivas y/o afinidad socio-cultural; a su vez, cada polo cuenta con una cabecera. La universidad, que en cada caso designe el Consejo Asesor como cabecera, tiene a su cargo la tarea de ejercer la administración y coordinación general del polo, su implementación y desarrollo.

(4) En diálogo con ello podemos pensar el caso de la Universidad Nacional de San Juan. Resulta significativo mencionar el proceso de institucionalización que sufrió la formación en el área del periodismo y la comunicación y que se constituyó en “la heredera nata de una carrera superior en comunicación que comenzó en una Escuela de Periodismo, como curso experimental en 1956 y como Licenciatura en Periodismo en 1957” (Collado, 2006: 1). El proceso de institucionalización de la formación se inicia en el Círculo de Periodistas, de allí pasa a la Dirección de Cultura del Gobierno de la Provincia, luego a la Universidad Provincial “Domingo Faustino Sarmiento” y finalmente a la Universidad Nacional. Las modificaciones a los planes de estudio se dieron en el marco de las distintas etapas del proceso de institucionalización y en diálogo con la unidad de dependencia de la carrera que establecía distintos criterios para su acreditación.

(5) El ejemplo de la UNSL resulta paradigmático: “el 4 de marzo de 1992 se suscribió el acuerdo entre la Universidad Nacional de San Luis (UNSL), el ISER y el COMFER, acorde a las disposiciones legales vigentes a nivel nacional [...] De la lectura del mencionado convenio, surge una primera tensión entre la autonomía relativa de la UNSL consagrada en su estatuto universitario y los requerimientos técnicos y de habilitación profesional de un Instituto Terciario, ya que en el proceso de institucionalización, la carrera de Locutor Nacional, para constituirse como tal, debió someter el diseño curricular a las pautas de adecuación de los contenidos mínimos y la carga horaria estipuladas por el ISER. Por otra parte, la Universidad le permitió al ISER actuar como supervisor del desarrollo pedagógico de ocho asignaturas que conforman el núcleo del trayecto de formación” (Díaz y Salinas, 2014: 2).

(6) Esta idea de la complacencia encuentra además un elemento sustantivo en la búsqueda que realiza la comunicación para lograr la acreditación académica en el marco de las ciencias sociales. Un gesto que atraviesa los diferentes momentos históricos y que encuentra posibilidades de manifestación en espacios institucionales nacionales e internacionales, tales como las federaciones y asociaciones que nuclean a carreras e investigadores de la comunicación. Así, por ejemplo, durante 2010 y 2011 FADECCOS y REDCOM solicitaron, de manera conjunta, la creación del área de comunicación en la grilla del Programa Nacional de Incentivo.

(7) Recuperamos la noción de despolitización trabajada por Mangone (2006) y a partir de la cual busca evidenciar diferentes tendencias (fragmentación, influencia de algunas teorías en torno al tema del poder y el giro en la figura del humanista que se desplaza hacia el burócrata ejecutivo) que impiden pensar la totalidad y con ello, los procesos, las causas y las consecuencias que articulan relaciones de poder, de conflicto y de lucha.

(8) Con esta denominación buscamos acercarnos a la caracterización que enuncia Mangone al postular los aspectos que predominan actualmente y entre los que destaca: “compilaciones pacíficas por sobre revistas disciplinares o culturales que van desapareciendo, el auge de Jornadas y Congresos sin otro objetivo que las acreditaciones, la estratificación cuantitativa y cualitativa del campo comunicacional y cultural y, sobre todo, el avance del experto sobre la intervención intelectual (que) no dejaría mucho optimismo para imaginarnos un futuro más dinámico y transformador” (2007b: 87).

Bibliografía

- Beigel, F. (2010). *Autonomía y dependencia académica*. Buenos Aires: Biblos.
- Bello, G.; Buenaventura J. y Pérez, G. (1988). Concepción de la comunicación y crisis teóricas en América Latina. *Revista Diálogos*, 20, pp.34-38.

- Browne Sartori, R. y Silva Echeto, V. (2005). Las disciplinas de la comunicación. Epistemologías en crisis. *Revista Comunicación*, 3, pp. 209-220.
- Collado Madcur, G. (2006). Historia comparativa de planes de estudio del Departamento de Ciencias de la Comunicación de la FACSO, UNSJ, Argentina. Formación de profesionales de la comunicación en universidades del Cono Sur: un aporte desde San Juan. s/p.
- Contreras Budge, E. y Gonzaga Motta, L. (1982). Teoría y Práctica de la formación profesional. Entrevista a Daniel Prieto. *Revista Chasqui*, 2, pp. 30-38.
- Díaz, E. y Salinas, M. (octubre de 2014). *Locutor Nacional. Proceso de institucionalización y demandas de profesionalización*. XVIII Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, Red Nacional de Investigadores en Comunicación, Instituto Universitario Nacional de Arte, Buenos Aires.
- Fuentes Navarro, R. (1992). El estudio de la comunicación desde una perspectiva sociocultural en América Latina. *Revista Diálogos de la Comunicación*, 32, pp. 16-27.
- Gasquez, G. y Salinas, M. (agosto de 2015). *Planes de estudio de formación en Comunicación: carácter transitorio y regulación*. VIII Seminario Regional (Cono Sur), Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación, Escuela de Ciencias de la Información de la Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- Januszewski, S.; Mulle, V. y Rivadeneira, C. (agosto de 2011). *La regulación de los títulos universitarios a partir de la Ley de Educación Superior N° 24.521: el caso de la acreditación de carreras de grado de la Universidad Nacional de Buenos Aires*. Simposio Pensar la universidad en sus contextos. Perspectivas evaluativas, Universidad Nacional de Entre Ríos, Paraná. Recuperado de <https://fcecoordinacioneducacion.files.wordpress.com/2012/02/068.pdf>
- La Boétie, E. de (2010). *Discurso de la servidumbre voluntaria*. Buenos Aires: Las cuarenta.
- Mangone, C. (2006). Balance de las cuatro décadas. Clase teórica dictada el 4 de mayo de 2006. Recuperada de: http://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:6kGHjHm_V8QJ:www.catedras.fsoc.uba.ar/mangone/balance_de_%2520las_d%25E9cadas.doc+&cd=2&hl=en&ct=clnk&gl=ar
- Mangone, C. (2007a). Una cuestión de énfasis: el relativismo académico y la intervención político intelectual. *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura*, 2, pp. 1-5.
- Mangone, C. (2007b). Dimensión polémica y desplazamientos críticos en la teoría comunicacional y cultural. *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura*, 2, pp. 77-87.

- Mangone, C. (2008). Un espejo en dónde mirarse: crisis financiera y comunicación de masas. *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura*, 4, pp. 3-11.
- Mangone, C. (2016). El campo de la Comunicación y Cultura en Argentina y en América Latina, desplazamientos teóricos, intervenciones políticas, polémicas académicas y problemáticas laborales. Programa del curso de posgrado dictado en la Facultad de Ciencias Humanas, UNSL, San Luis.
- Mattelart, A. y Schmucler, H. (1973). Editorial. *Revista Comunicación y cultura*, 1, pp.3-4.
- Moragas Spá, M. (2011). *Interpretar la comunicación. Estudios sobre medios en América y Europa*. Barcelona: Gedisa.
- Nixon, R. (1982). Historia de las Escuelas de Periodismo. *Revista Chasqui*, 2, pp.13-19.
- Schmucler, H. y Mattelart, A. (1982). Construir la Democracia. *Revista Comunicación y cultura*, 7, pp.7-10.
- Schmucler, H. (1997). *Memoria de la comunicación*. Buenos Aires: Biblos.
- Schmucler, H. (19 de abril de 2013). Conferencia pronunciada en la Universidad Nacional de San Luis, entrega del Grado Académico Doctor Honoris Causa de la UNSL, San Luis, s/p.
- Torrico Villanueva, E. (2016). *Comunicación. De las matrices a los enfoques*. La Paz: Punto de encuentro.